

lo que pertenece á cada individuo, si es que hay algo individual en la vida de las ideas.

Por todo esto, lo que yo estimo más en este acto, lo que me emociona más hondamente, es su origen y su fuerza impulsora; es la comunidad en un mismo entusiasmo y la ingenuidad de éste.

Por ello, si yo hubiese podido dictar la leyenda que en el mármol parece escribir la estatua de la Historia, hubiese puesto esta: «Levantemos los corazones, porque ha llegado el día en que dos sentimientos afines, ideales, se han encontrado en el camino y se han reconocido como hermanos. De ese encuentro brota hoy una gratitud más alta y más grande que puede serlo cualquiera gratitud personal por favores recibidos: la gratitud con que los corazones sinceros, aun sin saber fijamente á quién ó á qué dirigirla, se estremecen cada vez que en el doloroso progresar de la humanidad brilla un rayo de luz y los luchadores recobran alientos para el mañana con el apretón de manos que les dice: «no estáis solos: alguien camina á vuestro lado y mueve también la espada de la idea para desgarrar la bruma que aún cierra el horizonte».

Así me hablará ella en mi retiro de Oviedo y nos hablará á todos los que en nuestra obra comulgan; y cuando alguien pregunte quiénes son los que en ese álbum firman, yo les diré: «son soldados de nuestra misma sangre, en la santa cruzada que nos lleva hacia una humanidad mejor que la presente».

XI

Otros actos universitarios (1).

1

Las autoridades universitarias, los profesores y alumnos de las Universidades de La Plata y Buenos Aires, han tributado al catedrático de Oviedo el homenaje de su respeto y cariño. A las comidas privadas, en donde la palabra sencilla del maestro se insinuaba en los espíritus, han sucedido los banquetes, las demostraciones y la fiesta oficial, confiriéndole el título de doctor *in honoris causa*.

El 4 de Octubre, antes de celebrarse el festival universitario, los profesores y profesoras de la Universidad de La Plata ofrecieron un banquete al profesor Altamira en el hotel Sportman, al cual concurrieron más de ochenta comensales.

(1) De la revista de la Universidad de La Plata, *Archivos de Pedagogía y ciencias afines*, número de Noviembre, 1909.

Ofreció la demostración en nombre de sus colegas, el Dr. Enrique Rivarola.

Señor Profesor Altamira:

Alto honor es para mí el dispensado por mis colegas, los profesores de la Universidad, al designarme portavoz en este acto por el cual deseamos poner de relieve, en presencia vuestra, estas dos cosas: nuestra admiración y nuestro afecto. Y no sabemos (hasta ahora por lo menos, no acierto á resolver la duda por mí mismo) cuál es más grande á nuestros ojos, si el maestro que exhibe los frutos de su larga y paciente labor, ó el hombre amante de la humanidad y de su perfeccionamiento, el idealista del bien, que presta á su obra de educador, encaminada por un talento amplio y luminoso, el calor de un gran corazón; y si tiene clarividencias geniales, obra, no tanto por ellas, como por el impulso desinteresado de elevadísimos sentimientos.

Bajo estos dos aspectos, del talento y de la virtud, se nos ha revelado el gran maestro. En el breve tiempo transcurrido desde su llegada al país hasta hoy, no le hemos visto sino trabajar sin descanso, día á día, ocupando la cátedra universitaria con sorprendente riqueza de producción. La palabra del maestro, sencilla, precisa y clara, demuestra un conocimiento profundo de las cosas y un juicio siempre seguro. Las cosas pensadas con mayores dificultades y menos comprendidas, exigen los rebuscamientos de la forma para suplir con la magia de la palabra la vague-

dad del sentido; pero el pensamiento maduro como el fruto en el árbol, se desprende fácilmente y sin esfuerzo. Bajo ese aspecto de hombre eminente por su talento, de pensador profundísimo, hemos admirado al maestro; pero, al mismo tiempo, una aureola de simpatías, cada vez más intensa, se ha formado á su alrededor; el hombre valía como el sabio, sus cualidades personales, su sinceridad, su constante ensueño de mentalidad, su corrección caballeresca, sus prácticas sencillas, unidas al no interrumpido estudio, nos advertían de la presencia de un espíritu superior, necesariamente alentado por un ideal. Disponer de un ideal es encontrarse preparado para la acción. Sin ideales que la sustenten, la lucha por la vida es lucha egoísta de cada uno para sí mismo; el ideal prepara la obra fecunda, para el bien de todos.

¿Por qué Altamira se ha encontrado tan bien entre nosotros? ¿Por qué nosotros nos hemos encontrado tan bien con él? Las leyes de la herencia se cumplen también cuando se refieren al carácter intelectual y moral de las razas y á los caracteres individuales de los pueblos; y nosotros participamos del modo de ser español, por el habla castellana, que ha sido durante cuatro siglos el vehículo prodigioso del pensamiento y de la cultura española. Por esa comunidad de lenguaje, podemos mirar como nuestro el cielo de las letras españolas, y contemplar del mismo punto de vista, las más lejanas estrellas de aquel cielo,

los primeros prosistas y los primeros poetas, y admirar la maravillosa constitución de los escritores del siglo xvi; y son nuestros Cervantes, y Calderón, y Lope, y toda esa pléyade de intelectuales españoles del siglo xix, desenvuelta en el presente, tan numerosa, tan activa, como si la tierra se hubiese roto para dar paso á mil torrentes de pensamiento y de belleza.

Grande y querido maestro: si alguien me hubiese dicho «interprete usted la primavera» habría recogido al azar un puñado de rosas y habría dicho: aquí está, ¡esta es! Las rosas cayeron encendidas de las mejillas de la primer mujer, al rubor del primer beso, y siguen siendo el símbolo de la vida que despierta. Para brindar, en nombre de mis compañeros, ó interpretar cuanto ellos piensan y sienten, me basta decir: ¡miradlos! ¡ahí están!, asoman á su rostro. Bajo esas frentes, comúnmente inclinadas sobre el libro, los ojos expresan vivazmente y mejor que las palabras; diríase, si se me permite disponer de una imagen poética, que las almas han asomado á la ventana para saludar al héroe de la fiesta. ¿Qué más puedo yo hacer? ¿Deciros adiós, doctor Altamira? No; porque se van los que pueden llevar todo consigo; pero los que dejan sus pensamientos para que sigan germinando, sus ideales para que sigan labrando almas, sus virtudes para que sigan manteniendo afectos, esos no se van, esos quedan.

Maestro: quedáis con nosotros.

El Dr. Rafael Altamira contestó en breves frases al Dr. Enrique Rivarola, manifestando que no deseaba cansar á su auditorio con una larga alocución, que por otra parte no procedía, pues pocas palabras son necesarias para expresar un sentimiento cuando este sentimiento es hondo y verdadero. Se limitaba, pues, á agradecer de la manera más íntima aquella demostración, hija del mutuo cariño, y á decir sencillamente que, cuando, de regreso á su país, sus amigos de la querida Universidad ovetense le pregunten: y bien, ¿qué has dejado en América, en el viaje realizado? contestará con el corazón: he dejado amigos y eso me basta.

El acto oficial.—Luego la concurrencia se dirigió al Colegio Universitario, cuyo salón estaba ocupado por lo que de más representativo tiene La Plata. Ocuparon el sitio de honor el Presidente y Vice de la Universidad, los Ministros de Chile y Perú, el Dr. Altamira, los miembros del Consejo Superior Universitario y el Rector del Colegio. Abrió el acto el Dr. González, siguiéndole en el uso de la palabra el Dr. Ruggieri en nombre de los estudiantes de La Plata, el doctor Sempere en nombre de los alumnos de Oviedo, y los señores Ministros Cruchaga Tocornal y de la Riva Agüero. Luego el profesor Altamira pronunció el discurso que se publica en otro lugar. El Sr. J. del C. Moreno le hizo entrega de un pergamino firmado por los que fueron sus alumnos como un tributo de afectuosa gratitud y cariño.

Comunicaciones.—El Dr. González recibió las siguientes:

Del Dr. Uballes, rector de la Universidad de Buenos Aires, una nota conceptuosa adhiriéndose á la manifestación Altamira, y del ministro de Instrucción pública, Dr. Naón, el siguiente telegrama:

«Recién llegado de fuera, pensaba ir en el tren de las once, para tener el gusto de acompañar á usted en la despedida que la Universidad de La Plata hace á nuestro común amigo el distinguido profesor Altamira; pero un llamado oficial urgente me priva de proporcionarme ese placer, por lo que le ruego quiera disculparme, en la seguridad de que sólo esa circunstancia imprevista ha podido privarme de concurrir á la fiesta. Esta noche tendrá el gusto de saludarlo personalmente, su afectísimo amigo, R. S. Naón.

2

En Buenos Aires.

Banquete en lo de Blas Mango.—El banquete de despedida ofrecido en la capital federal por los profesores de ambas Universidades, Buenos Aires y La Plata, resultó una nota intensamente representativa, dada la calidad y el prestigio social de los comensales. Ofrecieron el acto los doctores Uballes y González, Rectores de ambas Universidades, y contestó Altamira con frases llenas de sentimiento y galanura.

Discurso del Dr. Uballes.—Señor Altamira: Los profesores de la Universidad de La Plata confundidos con los profesores de la Universidad de Buenos Aires, han querido reunirse para daros, durante algunos instantes fugitivos, la momentánea ilusión del hogar en fiesta, y han creído que debía ser yo quien en su nombre os brindara este homenaje de afectos empezados á conquistar desde lejos con vuestros escritos y vuestra fama, y que habéis concluído por atraeros de manera definitiva con los prestigios de vuestra palabra y el don de simpatía que os prestan el corte caballeresco de vuestro carácter, la sencillez de vuestros gestos y el entusiasmo con que realizáis las obras que solicitan nuestra acción.

Y bien, Sr. Altamira: os invito á que en este sitio y en esta hora os consideréis en casa vuestra, rodeado de compañeros empeñados en la misma acción y vinculados á vos por la comunidad de afanes, por la identidad de aspiraciones nobles y por la semejanza de los espíritus, cuyos rasgos característicos y fundamentales, impuestos por el idioma y por la raza, no han podido ni podrán borrar todas las oleadas de gentes diversas que vienen á fundirse en el crisol de nuestra nacionalidad.

Al dar por terminada la misión que os confió la Universidad de Oviedo entre nosotros y en las demás repúblicas de habla castellana, podréis estar satisfecho de vuestro esfuerzo y considerar que habréis hecho más que lo que se exigió de

vos. Venís en representación de un grupo de hombres enrolados con desinterés en una cruzada civilizadora en una parte circunscripta de España, y sois, en realidad, un ejemplo característico—más allá de la forzosa diferenciación regional—del moderno espíritu universitario en España, y hasta diría, si no temiese ofender vuestra acrisolada modestia, del moderno espíritu europeo, á través de una mentalidad genuinamente castiza.

Os he oído decir que os ha sorprendido la corriente de cálida simpatía notada en todas las personas que habéis frecuentado aquí—y que no son pocas. Permitidme á la vez que os diga que vos nos habéis sorprendido, á todos los que mirábamos con pesar (y creíamos que era un hecho irremediable, impuesto por el ambiente histórico y el medio natural) ese exceso de tradicionalismo que ha entorpecido á España en el camino de su evolución intelectual hacia el progreso, imponiéndole un sello de originalidad inconfundible en el concierto de la civilización occidental; nos habéis causado sorpresa, digo, porque habéis demostrado con el ejemplo, que ese lastre histórico no es un óbice para que penetren, germinen y fructifiquen en España las amplias ideas liberales que son título de honor para la humanidad contemporánea, sin que se pierdan ni debiliten las bellas particularidades de la raza: el infinito idealismo y la facundia ardorosa.

Vuestra permanencia aquí ha sido breve; pero podéis estar seguro de que el espectáculo de vues-

tro entusiasmo idealista y de vuestra persistencia en el esfuerzo, han obrado de manera tan tonificante en nuestro ambiente demasiado lleno de preocupaciones materiales, que ha hecho desear á muchos—y me cuento entre los primeros—que se prolongue por mayor tiempo, para que el beneficio sea más duradero; y nos ha hecho concebir la idea—realizable quizá—de veros incorporado á nuestras filas—lo que seguramente no sería para vos un cambio de policía—á fin de colaborar con nosotros en el argentino de mañana, el hombre del futuro, mediante la educación que ennoblece el carácter y eleva la inteligencia.

Y de cualquier modo—por haber, durante algunas semanas, con absoluto desinterés personal, recordado á las gentes de esta ciudad millonaria, trepidante de actividad económica y de inexhaustos deseos de goces materiales, la importancia y la belleza de las cosas del espíritu,—permitidme, Sr. Altamira, que en nombre de todos y en el mío brinde por lo que debe estar más cerca de los vuestros y la prosperidad de vuestra patria, y por lo que debe ser más caro á vuestro espíritu: la virtud y la fecundidad de vuestra obra de escritor y de maestro.

En seguida el Dr. González improvisó una hermosa salutación, en la que exaltó la personalidad de Altamira y puso de relieve los vínculos que nos unen á España.

Señor Altamira: Señores: Después de las palabras tan cultas, tan correctas, que en nombre de las Universidades de Buenos Aires y La Plata ha pronunciado el ilustre rector Dr. Uballes, á mí no me queda más que adherirme calurosamente á las que se le han prodigado, sintiéndome, como Presidente de la Universidad de La Plata, complacido en lo más íntimo por la representación tan digna y elocuente que han tenido los profesores y miembros de aquella casa.

Y es natural que en estos momentos, en que un ilustre profesor extranjero nos reúne á todos en una misma mesa, surja en mí un sentimiento de natural complacencia. Nuestras Universidades argentinas son ramas de un solo árbol; todos deben trabajar, pues, por su unidad. La que yo tengo el honor de presidir desde sus primeros días, tuvo la más franca y decisiva ocasión para proclamar que era hija y aspiraba á ser digna hija de las dos.

Hijo directo soy de la Universidad de Córdoba, y recogido y amamantado en las aulas de la de Buenos Aires, así como todos los hombres que en este país enseñan ó dirigen alguna rama del gobierno nacional, son hijos de estas dos Universidades. ¿De qué otra manera podría haber llenado su tarea la Universidad de La Plata? Tenía que alimentarse y beber en las mismas fuentes; y es así como la Universidad de La Plata puede presentar al país una vida robusta, lo que se debe á la gran vitalidad que trae de sus orígenes, del

noble y aristocrático origen de la Universidad de Córdoba y de la desbordante vida que anima y engrandece la Universidad de Buenos Aires. ¿Cómo no había yo de sentirme orgulloso en declararme descendiente de estas dos ilustres casas? Y ¿cómo no había también la Universidad que presido de proclamar con el mismo sentimiento esta noble progenie?

Creo, pues, que en estos momentos es una gloria del ilustre profesor que nos visita, y que ha sido para nosotros un compañero tan amable, el haber producido en la realidad esta conjunción, que es de todo punto auspiciosa para el porvenir de mi país.

Y para terminar, diré que al ofrecer las dos Universidades al ilustre profesor Altamira sus cátedras, y al considerarlo entre el grupo permanente de sus profesores, realizan una aspiración nacional. Este es un sentimiento del pueblo argentino.

El Dr. Altamira, al hablar en nuestro país desde la tribuna más alta que pueda ofrecerse á un hombre intelectual, lo ha hecho á la nación entera, quien lo ha escuchado como á su propio hijo. Y es justo recordar este fenómeno en el momento en que nos reunimos los que hemos tenido la suerte de ser sus compañeros, por cuanto es la actualidad del alma española que á venido á confundirse con la nuestra, realizando así, á través de un siglo, una reconciliación que será eterna y de beneficios efectivos para la cultura nacional.

Se esperaba su palabra, la palabra de este representante de la alta cultura hispana, como algo que flotaba en el ambiente. Ya lo manifestó él con verdad, porque este hombre no dice sino palabras de verdad, porque habla con el corazón, y sabe que de allí no sale sino la verdad; él ha dicho que en el extranjero no se tiene idea completa de España...

Terminó brindando por la felicidad del señor Altamira, de sus hijos propios, de los hijos de su inteligencia, por la ilustre casa de Oviedo, por su noble é ilustre Rector, y por los hombres que en España hacen vida útil; porque nuestra madre ilustre recoja los beneficios inmensos de esta colosal campaña de Altamira, dando así á la raza sajona un ejemplo de que en la latina pueden también realizarse hazañas, y por la prosperidad incesante de las Universidades argentinas, reunidas en un solo pensamiento común, para trabajar todas por el engrandecimiento nacional.

Contestó el Dr. Altamira con frases llenas de unción para sus comprofesionales argentinos. He tenido que decir gracias tantas veces á las mil formas de vuestra inagotable bondad, de vuestro generoso afecto, que ya no me quedan ni giros ideales, ni palabras expresivas de mi reconocimiento. No diré, pues, sino que es inmenso é inolvidable; y puesto que habéis querido ver que el hombre afectivo domina al intelectual, seguro estoy que creeréis en esto que os digo, y es que en la vida de mi sentimiento el paso por la

Argentina quedará como uno de los momentos más satisfactorios y de los más emocionales. Particularmente la fiesta de esta noche me llega al alma, porque es fiesta de compañeros y porque el que la hayáis organizado significa que á vuestro juicio nos une un común ideal, unos mismos entusiasmos por la enseñanza y un mismo concepto de la transcendencia que tiene para el porvenir de los pueblos.

Esta fiesta tiene otra cosa gratísima para mí, y es el ver reunidos á los maestros de las dos Universidades vecinas en que he actuado. Bien puedo decir que soy hombre de suerte cuando tales espectáculos, confortables para el espíritu, me es permitido contemplar; y más hombre de suerte aún, puesto que he venido á ser, por el juego de los azares de la vida, motivo y ocasión de él.

En fin, os debo gratitud igualmente, porque habéis sabido ver en mi visita lo que verdaderamente representa: una petición de fraternidad interuniversitaria, y de ningún modo una ostentación vanidosa de ciencia. Porque no ha sido esto último, es por lo que puedo marcharme seguro de que nadie se ha de haber sentido molesto por mi temporal usufructo de vuestras cátedras; y á ello también debo el que vosotros me hayáis acompañado, desde el primer instante hasta hoy, con vuestra simpatía y con vuestro cordial afecto. Los míos, para con vosotros, serán un dulce y amable acompañante de mi vida desde hoy, y no se extinguirán sino conmigo.

¡Feliz yo si algún día puedo reforzar esos lazos viniendo á trabajar nuevamente, con sincera modestia, entre vosotros!

3

**La fiesta de la Escuela de Santa Catalina.
La calle Altamira.**

Tuvo lugar en la Escuela Agronómica de Santa Catalina, dependencia universitaria, el acto de inauguración de una de las avenidas de aquel bosque, dándole el nombre de aquel profesor. La ceremonia fué sencilla y sin aparatosidad, resultando, esto no obstante, llena de atractivo afecto y, en cierto modo, solemne. Tomaron parte en ella los profesores y alumnos de la escuela y varios profesores de la Universidad de La Plata, admiradores y discípulos del Sr. Altamira. Servido el banquete con que los asistentes fueron obsequiados por el director de la escuela, tomó la palabra el vicepresidente de la Universidad de La Plata, Dr. Alvarez, elogiando la obra del maestro y de las simpatías generales despertadas entre profesores y alumnos, é hizo observar, con gráfica frase, cómo el profesor Altamira «habiendo entrado á la sordina en nuestro país, había también á la sordina conquistado una á una las simpatías y admiración de los universitarios». Se congratuló del éxito alcanzado por la Universidad de Oviedo, é hizo fervientes votos por que el espíritu de compañerismo y familiaridad que allí

reina sirva de guía á la juventud entusiasta y soñadora.

A continuación habló el profesor Altamira diciendo:

«Que yo os agradezco el honor que significa incorporar mi nombre materialmente á la Universidad de La Plata—después de haberme permitido que lo haga moralmente en tres meses de labor intelectual—no lo dudaréis ni por un momento. No sería yo digno de vosotros, ni de la Universidad que me ha enviado á América, si no fuera capaz de ese sentimiento delicado, aunque poco frecuente, de la gratitud, y de comprender, en toda la significación que tiene y en todo el honor que representa, este obsequio vuestro. Á estos motivos personales se unen, para mayor satisfacción en este día—ó, por mejor decir, en esta noche,—otros dos que á mis ojos de soñador de ideales acrecientan la fiesta.

Uno de ellos, es su carácter predominantemente estudiantil, la asociación á ella de los elementos de la Universidad y de Santa Catalina. Sin ellos, la casa docente estaría truncada; con ellos, bien puede decirse que es la Universidad plena y total, la Universidad deseada como unidad amistosa de profesores y alumnos, colaboración íntima de espíritus veteranos y espíritus jóvenes en la labor total de la vida—no sólo en la científica,—quien está aquí presente y aprovecha la ocasión para dar fe de su existencia realizando una de las ideas fundamentales que

precedió á la creación de la Universidad de La Plata.

Yo bendigo á mi buena suerte—ó lo que quiera que ello fuere—que me permite ver, repetido en tierra americana, el espectáculo familiar en la tierra ovetense; espectáculo que, durante mucho tiempo, no nos ha parecido posible sino en pueblos de otra civilización, que saben vivir socialmente y á los que mirábamos con la envidia y el desaliento con que se miran los modelos cuya reproducción juzgamos inasequible.

La Universidad de La Plata—es decir, repito, sus alumnos y sus profesores—ha querido y ha sabido exteriorizarse fuera de sus cátedras y derramar sobre el espectro de la vieja y tristonada vida docente de otras épocas, la oleada de alegría que mana de las fiestas del sentimiento y de la soñación poética.

El otro motivo de satisfacción que me dáis, procede del sitio en que va á figurar mi nombre y del modo de celebración de esta fiesta. Habéis adivinado mi espíritu campestre, amator de la Naturaleza, formado en su adolescencia entre los árboles de la huerta alicantina, los pámpanos de sus vides y las enhiestas lanzas de sus maizales, entretejidas con las flores de sus hortalizas; rehecho en la juventud frente al severo paisaje de la llanura castellana y al soberbio telón granítico, coronado de nieves, faldeado de encinares, que la maravillosa visión de Velázquez supo fijar para siempre en los fondos de sus inmortales

retratos. Y habéis querido también darme una cumplida compensación á la vida sobrado urbana y casera que he llevado durante tres meses, con esta espléndida fiesta—espléndida no obstante la sencillez de su aspecto,—porque se celebra en el seno del bosque, lleno de misterios, y en el ambiente de una noche primaveral, henchida de aromas de los brotes frescos y de ruidos de la nueva vida que irrumpe por todas partes.

Yo no he podido gozar de este delicioso retiro, porque la cátedra ha sido mi dueña y señora, y como mujer que es—á lo menos gramaticalmente,—ha sabido bien apoderarse de mí y sustraerme á toda otra vida. Eso mismo me ha impedido, estudiantes de Santa Catalina, asociarme alguna vez á vuestros trabajos; pero, en cambio, os he envidiado más fuertemente al veros laborar en pleno aire libre, bajo el beso del sol, padre de energías y de salud, prontos á sentir aquel supremo placer (que Tolstoy ha sabido pintar de tan intenso modo), de sentir el sudor del santo trabajo bañando nuestro cuerpo como agua de bautizo en la lucha por la vida.

Cuando de hoy en adelante crucéis por esta alameda, pensad en mí y asociadme á vuestra obra, como yo os llevaré asociados en mi recuerdo, recuerdo iluminado por la esperanza de volver algún día y entonces ser campesino con vosotros, reconquistando mi libertad y mi derecho á la comunión sosegada con la Naturaleza. Pero cuando me recordéis y penséis en mis añoranzas

de este sitio, yo os pido que no me recordéis con mi solo nombre, sino como una representación de algo que está sobre mí. Rafael Altamira es y quiere ser aquí, más que en ninguna otra parte, lo que en su paseo por América significa: un profesor de una Universidad española. Y así, debajo de ese rótulo, leed siempre: «profesor de Oviedo», y pensad, al leer este renglón ideal, en aquella casa de donde he partido y en aquellos estudiantes á quienes amo y á los que algún día creo podremos traer acá, para que, en un abrazo con vosotros todos, estudiantes de la Universidad de La Plata, acaben de unirse los espíritus gemelos de dos obras colectivas que el viejo tronco hispánico ha hecho brotar en dos continentes lejanos, pero no contrarios.

Aplausos acogieron tan elocuentes palabras, y á continuación un alumno de la escuela saludó al maestro en nombre de sus compañeros, brindando por sus camaradas de España y por el éxito del viaje del Sr. Altamira. La concurrencia prorrumpió en vivas al maestro, á Oviedo y á los estudiantes de ambas escuelas.

XII

**Discurso de salutación, en el Prince George's Hall,
del Presidente de la Federación Universitaria de Buenos Aires, Sr. D. Héctor A. Taborda.**

Señores:

El primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, reunido en Montevideo en Enero de 1908, emitió el voto de que las Delegaciones á él concurrentes gestionaran en sus respectivos países el reconocimiento del 21 de Septiembre, primer día de primavera, como Día de los Estudiantes. Respondiendo á tan bello propósito, la Federación Universitaria de Buenos Aires, por su parte, requirió la sanción correspondiente ante la Universidad, y ésta puso inmediatamente su visto bueno á la solicitud, declarándolo día feriado.

Los estudiantes teníamos, pues, nuestra fiesta anual, y era menester celebrarla con dignidad y alegría. Delicada empresa, por cierto. Había que apartarse de los rituales comunes, con un gesto

nuevo que á un tiempo fuera revelador de sana energía y alta aspiración. Algo que trasuntara en su eficiente realidad todos los íntimos anhelos de progreso, grandeza y saber de la juventud universitaria. Y como la voz de la raza estalla cordial en la hora de las faustas celebraciones, ella nos recordó—¡loada sea esa voz!—que sobre el suelo de la patria refulgía la mente de un hijo de nuestra madre España. El espíritu colectivo se expande en sus instantes felices y salva inesperadamente los más vastos límites. Podíamos acudir á la brillante intelectualidad de nuestro país en aquella demanda; pero la presencia del profesor de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira, uniformó en el acto todas las opiniones y estuvimos prontos á escuchar su palabra.

No obstante, deberes preexistentes priváronos de oírla en aquel momento; y aunque la fecha haya pasado, permitid, Sr. Altamira, que al hablaros en nombre de la Federación Universitaria, recuerde lo que entonces tenía pensado decirnos, ya que en vos existió el deseo de cooperar al éxito de nuestra fiesta, y para nosotros estaréis siempre ligado al recuerdo de ella.

Señor Altamira: Acaso nuestra resolución de pedirnos una conferencia para celebrar, por vez primera en el país, el Día de los Estudiantes, haya determinado en vuestro espíritu una sensación de sorpresa. La juventud, en todas las regiones del globo, y singularmente la juventud universitaria, tiene fama de expansiva, jovial y es-

trepitosa en la exteriorización de sus triunfos, ó la celebración de sus grandes días. Hasta diríase que el romanticismo, proscripto de la literatura y las costumbres sociales, se ha refugiado en la juventud de las universidades europeas, la cual viste uniformes característicos ó lleva distintivos especiales en su paso por las aulas. Y bien, señor, los estudiantes argentinos no constituimos una excepción á esa norma natural. Llevamos el alma orlada de los mismos grandes ensueños, y también alentamos en nuestra bríosa idealidad un gran anhelo de vida romántica, que materialmente ha de concretarse, dentro de poco tiempo, en lo que, según ya sabréis, se llamará para orgullo nuestro y garantía de un porvenir mejor, la «Casa de los Estudiantes». Allí habrá un alojamiento suntuoso para los profesores y hombres de ciencia que visiten este país. ¡Y podéis imaginaros la satisfacción mayor que experimentaríamos, si construído ya aquel vasto y caluroso hogar, os hubiéramos recibido en él, con el hondo cariño de discípulos que abren su alma para hospedar á un dilecto maestro que anda por lejanas tierras difundiendo el verbo luminoso de la verdad! Porque, señor, la inmensa familia estudiantosa del mundo es una sola. Idénticos móviles la impulsan, análogos procedimientos la acompañan, fines semejantes la orientan. De ahí que, antes de haberlos visto, conozcamos y admiremos á muchos maestros, deseando estar junto á ellos alguna vez. Sabíamos de vuestras raras ap-

titudes pedagógicas; que en Oviedo vuestra cátedra es rica fuente de saber; que bregáis con ahinco por la extensión de los conocimientos, propiciando así la necesaria y legítima intervención de las Universidades y de los universitarios en la elevación moral é intelectual de los pueblos. Y dilatando aún más la esfera de vuestro pensamiento y vuestra acción, trasponéis las fronteras de la patria, surcáis el Océano y venís á sorprender nuestra deliciosa ansiedad con la primavera gallardía de vuestros años. Porque vuestras canas cubren, ó, mejor dicho, platean, una juvenilidad desusada en espíritus que tras largo empeño alcanzan las cimas del saber.

Esa figura de varón sabio y fuerte, cubierta de nieve, pero siempre con la radiante alegría del ideal, ésa es la que nos ha conmovido hasta lo más íntimo. Y como queríamos celebrar nuestro día por vez primera, buscábamos algo que á un tiempo fuera digno—tal vuestra palabra henchida de experiencia—y desbordante del gozo de vivir—tal la inmarcesible primavera de vuestro espíritu. Por eso quisimos poner bajo los auspicios de vuestro nombre aquella conmemoración inicial.

Henos ahora en el adiós de la despedida. Cumplido ya brillantemente vuestro ciclo de conferencias, estáis á punto de retornar. Es la ley inexorable que hoy nos congrega en suave calor de efusiones, y mañana nos desparrama por el haz del orbe en] cumplimiento de nuestros destinos.

Pero es incierto que os vayáis. Los que dejan afectos, se quedan. Y vos, señor, por el privilegio de vuestra digna mentalidad, habéis vinculado intensamente vuestro nombre á nuestros anales universitarios. Os recordarán siempre los que escucharon vuestra docta palabra; el alma que anima las aulas de la vieja Universidad de Buenos Aires y de su floreciente hermana platense, conservará el eco de vuestra enseñanza; la figura del maestro de Oviedo palpitará en su seno como una incitación permanente á la fraternidad internacional, porque, para decirlo todo, vuestra visita nos regocija, más que por sus consecuencias intelectuales, por su cordial eficacia. Con vuestra presencia hemos sentido despertar vivas simpatías por la juventud universitaria española. Los discípulos de allá y los de acá nos hallamos unidos en un mismo sentimiento de admiración y entusiasmo ante el maestro común.

¡Sirva esta feliz circunstancia para anudar por siempre el alma estudiosa de las aulas peninsulares y argentinas!

Por todo ello, señor Altamira, no podemos decir adiós. Consideraremos vuestra partida como un alejamiento temporario del maestro que ha de volver á repartir el fruto de sus nuevas meditaciones entre sus discípulos ultramarinos.

